

## Crítica de ópera

“DER KAISER VON ATLANTIS” EN LA UC:

### Montaje estremecedor

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

El ya enorme poder sugestivo de esta ópera vino multiplicado por dos o por tres. “Der Kaiser von Atlantis”, de Viktor Ullmann (1898-1944), sobrecoge desde la partida, pues fue escrita por el compositor durante su reclusión en el campo de concentración de Terezin. Se acrecienta porque la obra reflexiona acerca de la muerte, las vidas jóvenes inmoladas en la guerra, la forma en que ejercen el poder los tiranos y la máquina de propaganda detrás de las dictaduras. Coinciden así los jóvenes que sueñan una vida distinta y el Kaiser que, aun en el momento de enfrentarse a su caída, presagia un amenazante “¡Volveré!”, refrendando que el abuso es parte de la raza humana.

La historia del propio Ullmann ayuda a la conmoción. Nacido en una familia judía, sus padres se convirtieron al catolicismo antes de su nacimiento. En 1942 fue enviado a Terezin, pero en octubre de 1944 fue trasladado a Auschwitz, donde, tras largo sufrimiento, murió en la cámara de gas. Así se comprende esta mirada en cierta medida amable sobre la muerte, pues no es ella la “que trae la peste, sino la que la somete”, no la “que trae el dolor, sino la que con el dolor acaba”. Muerte y anhelo se conjugan, finalmente (una variante del tema de “Tristán e Isolda”).

Francisco Rettig dirigió al grupo orquestal —cuerdas, flauta, oboe, clarinete, saxofón alto, trompeta, percusión, banjo tenor e instrumentos de teclado— con puntilloso cuidado y transmitiendo el poder dramático de esta música con resonancias de las canciones de cabaret de Kurt Weill y los golpes de efecto y las búsquedas tímbricas de Stravinsky en “Edipus Rex”, pero también del lirismo de Mahler, terreno donde el director se siente a sus anchas y que le permite gran expansión emotiva en el dúo de los jóvenes y en el intermezzo de “La muerte viviente”, lento como si fuera una danza macabra.

Miryam Singer es autora de la idea, la *régie*, la dirección audiovisual, el diseño y la iluminación. El público asiste de pie (dura 60 minutos y hay sillas reservadas para quienes las necesiten) a un enorme escenario circular en cuyo centro está la orquesta. Los personajes cantan desde cinco puntos de espacio, aunque en ocasiones se desplazan entre el público e interactúan con él. Completa el impacto una serie de pantallas en las que es posible seguir la traducción de los textos y que ilustran los contenidos de la obra con imágenes originales de la guerra, escenas teatralizadas de la vida que algunos personajes sueñan o recuerdan, el pavor de las cámaras de gases y los hornos crematorios. En suma, una instalación musical y visual de la que la audiencia forma parte, abandonando hasta cierto punto su carácter de mero observador. Un espectáculo imperdible de un poder de síntesis que estremece.

Siete cantantes asumen las exigentes partes vocales. Pablo Oyanel del (Kaiser), David Gáez (Muerte), Eduardo Janhke (Parlante), Leonardo Pohl (Arlequín), Andrea Aguilar (Tromler), Iván Rodríguez (Soldado) y Paulina González (Bubikopf) despliegan su capacidad comunicativa en un trabajo intenso y extenuante, morigerado por el esperanzador coral “Eine feste Burg”, al término, que retoma las ideas musicales del preludio.